

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Oración inicial

Oración al Espíritu Santo inspirada en Santa Teresa de Lisieux

**Oh Espíritu Santo, fuego de amor, guía mi corazón con tu luz divina.
Enséñame a abandonarme como un niño en los brazos del Padre celestial.
Inflama mi alma con el deseo de amar sin límites y sin miedo,
como lo hizo Santa Teresa, en la pequeñez y la confianza.
Espíritu de paz y alegría, haz de mi vida un canto de amor,
para gloria de Dios y el bien de las almas. Amén.**

MEDITACIÓN

En los ejercicios espirituales bien practicados, el ejercitante vive con perfección el misterio pascual y se dispone para seguir viviéndolo después.

La reforma de vida, que ha debido hacer el ejercitante, habrá sido una muerte al pecado, a las inclinaciones desordenadas de la naturaleza y a los atractivos del mundo. Es decir, que la finalidad del día de hoy es ésta: aprender a morir con Cristo para ser glorificado con Él.

a) LA TRIPLE PASIÓN

Se pregunta Santo Tomás si algún hombre pudo sufrir tanto como Jesús y se responde que en cierto sentido, que sí. Esto es, acumulándose en un hombre tantos sufrimientos de cuerpo de alma y de corazón, imposible que haya un hombre en el mundo, que padeciera tanto como Cristo en su pasión y muerte. Podemos contemplar las tres pasiones que sufrió el Señor.

1. La pasión del cuerpo.

Es lo que a nosotros más nos impresiona.

Son tres los tormentos principales: la flagelación, la coronación de espinas y la crucifixión. Vamos a fijarnos sólo en la primera, en la flagelación.

Tormento dolorosísimo. Se aplicaba a los reos con el azote o *flagrum* romano, que era un manojito de cuerdas terminadas en los extremos en huesecillos o bolitas de plomo, que, al caer sobre las carnes de la víctima, se clavaban, y al retirarlas, rasgaban, agujereaban, taladraban, llevándose trozos de piel y de carne.

Tormento vergonzoso. Jesús apareció desnudo en la plaza del Pretorio, a pleno día y delante de tanta gente.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Tormento ignominioso. Semejante tormento no se aplicaba jamás a un ciudadano romano, sino a los ladrones, a los asesinos, a los esclavos, a la gente de más baja ralea, que había en la sociedad.

Este tormento fue más doloroso todavía por las siguientes circunstancias: el ser su cuerpo virginal, extremadamente sensible a las punzadas del dolor; el dar Pilato órdenes secretas a los flageladores para que lo azotasen sin piedad, a fin de que inspirase lástima y compasión a la fiera judía, que se mostraba insaciable; el ser los flageladores instrumentos del mismo Satanás, que trataba de hacerle desesperar en el sufrimiento.

¿Por qué quiso sufrir Jesús en su propia carne con tanto dolor, vergüenza e ignominia? Para expiar las impurezas e infamias carnales de los hombres; para animarme en mis enfermedades físicas y dolores, y para dar fortaleza a los futuros mártires. Sabía el divino flagelado que algún día sus discípulos serían arrojados en calderas de aceite hirviendo, o descoyuntarían sus huesos. Sabía también que serían arrojados a las fieras en los anfiteatros romanos y, untados de aceite, arderían como luminarias en los jardines del emperador Nerón.

Tenía que ir delante Jesucristo para servir de ejemplo y dar fortaleza y ánimos.

2. La pasión de su alma.

Son sus afrentas y humillaciones.

Hay unas humillaciones privadas, que no narran los evangelios, pero que podemos leer entre líneas. Por ejemplo, el prendimiento en el Huerto. No lo harían con suavidad ni con miramientos, sino que el uno le pone la manaza encima, el otro le da un puntapié, un tercero le arranca los pelos de la barba...

Humillaciones públicas, las de los tribunales. Ante Caifás. Este es el hombre de mala entraña: «Conviene que un hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nación». Es un hipócrita, que rasga sus vestiduras en señal de profundísimo dolor por la blasfemia, que acaba de escuchar y se alegra interiormente porque así no necesitaba de testigos para condenarle. ¡Qué humillación la de Jesús: aparecer maniatado y vencido ante este hombre! Y qué humillación condenarlo por blasfemo a Él, que era el Hijo de Dios, amañando un proceso de noche y con testigos falsos.

Ante Pilato. Este es el hombre cobarde, que dice: no quiero líos. ¿Es nazareno? Pues a Herodes con Él. Es el hombre de la componenda: ¿A quién queréis que os suelte, a éste o a Barrabás? Es el hombre del favoritismo: «Si sueltas a éste, no eres amigo del César». Qué humillación para Jesús el seguir este hombre reconociendo su inocencia, pero mandándole azotar y crucificar. «Y yo me lavo las manos». Las mayores injusticias las sufrió Jesús ante Pilato.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Ante Herodes. El hombre sensual y lujurioso, que quiso divertirse a costa de Jesús, que ni siquiera tiene voluntad para enfadarse y por eso le desprecia. ¡Qué humillación para Jesús entrar en aquella casa de lujuria y adulterio! Y qué humillación, siendo Él la sabiduría infinita, ser tenido por tonto, por el hazme reír de aquella concurrencia.

Humillaciones definitivas, como el gran fracaso de la cruz, y aparecer como el maldito de Dios según aquella frase de la Escritura: «Maldito todo el que cuelga de un madero» (Deuteronomio 21:22-23).

3. Pasión del corazón.

Son los alfilerazos, que recibió Jesús en su pasión. Acaso pudo ser esta la más dolorosa de todas sus pasiones.

La traición de Judas. Qué dolor para el corazón de Cristo. Fue este dolor como una zancadilla, una puñalada por la espalda. Hay que pasar por un trance semejante para entenderlo.

La apostasía de San Pedro. Este fue un dolor, que punzó el corazón de Jesús, mucho más grande que todo el odio de los enemigos y quizá más doloroso que la misma traición de Judas. La traición del amigo, que declaró dar incluso su vida.

El abandono de los apóstoles. «Y todos, abandonándole, huyeron». Salvo Juan, ninguno de ellos compareció por el calvario la tarde del Viernes Santo.

La ingratitud del pueblo judío: «Crucifícalo, crucifícalo... No tenemos más rey que al César... Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos...». Un pueblo, que cantaba durante siglos: «Ven, Señor, y no tardes... Ven a salvarnos, ven a redimirnos... Que las nubes lluevan al justo... Ábrase la tierra y germine al Salvador... Bendito el que viene en nombre del Señor...». Qué contraste y qué negra ingratitud por parte de los judíos.

El abandono del Padre. Un misterio. No le abandonó nunca la Divinidad según aquel principio teológico: «Lo que la Divinidad asumió nunca lo abandonó». Jesús estaba rezando el salmo 21, profecía de su Pasión: “Dios mío, porque me has abandonado”. Lo dijo Jesús para que supiéramos un poco de este inmensísimo dolor.

4. Conclusión y resoluciones.

Penitencia y penitencia. Nada de contemplaciones con mi cuerpo «Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre», como decía San Pablo. Ningún miedo a la penitencia corporal, pero prudencia. Someter mis penitencias al juicio del confesor.

Humillaciones. Sumergirse en ellas. Es el camino secreto de toda santidad. Ante las humillaciones preguntarse siempre: ¿mis humillaciones, o son justas o injustas? Si son justas, no quejarme, porque justamente sufro aquello que merezco. Y, si son injustas, tampoco quejarme, porque entonces ¿cuándo quiero parecerme a Jesucristo?

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Dolores del corazón. Vengan todos los que Jesús quiera para parecerme a Él: traiciones, abandonos, soledades, marginaciones, ingratitud humana, dolor íntimo del alma y aparente abandono de Dios..., lo que sea. Venga, Señor, todo lo que quieras, que Tú sufriste más por mí... Quiero ahora darte consuelo por todo el odio que te dieron tus enemigos y por el abandono, traición y desamparo en los que te dejaron tus amigos...

b) EL MISTERIO PASCUAL

El misterio pascual es el misterio central en la economía de la salvación.

1. Qué es el misterio pascual...

La palabra “misterio” tiene dos significados en la Escritura.

Uno es el de cosa oculta, verdaderamente desconocida. Esa cosa oculta y verdad desconocida a la generalidad de los hombres, la puede Dios revelar a algunas personas. Así dijo Jesús a sus discípulos: «A vosotros se os ha concedido conocer el misterio del Reino de Dios» (Mateo 4, 11).

Otro significado de la palabra «misterio» es el designio divino, escondido en Dios durante siglos y que en un momento se hizo patente y operante en Cristo, como dice San Pablo en Efesios 1, 9 y 3, 9.

San Pablo VI da un paso más y pregunta: ¿Por qué este misterio se asoció habitualmente al adjetivo «pascual»? La experiencia fundante de la fe de Israel, fue el prodigio del «Paso» del Mar Rojo: de la esclavitud a la libertad, de ahí el adjetivo «pascual». Eso fue profecía de la nueva liberación en Cristo: del pecado a la gracia. El Misterio de la Salvación se realizó mediante la cruz y se perpetúa mediante el sacrificio de la Eucaristía. Eucaristía, Pasión, Resurrección, Ascensión, Glorificación... son la Pascua Salvadora cumplida por Jesús. El misterio pascual no es otra cosa que la Redención, que tiene su punto focal en la muerte y en la glorificación de Jesucristo.

Así pues, misterio pascual en sentido amplio abarca toda la obra de la Redención, desde que sale del Padre para venir al mundo hasta la consumación de los siglos.

2. Vivir el misterio pascual.

El misterio pascual no es solo un hecho histórico, que tuvo lugar cuando Cristo murió, resucitó y subió a los cielos. Se extiende y afecta a toda la historia, y se actualiza en cada momento de esta misma historia. Dios es el eterno presente. Participar en el misterio pascual no es otra cosa que ponernos en comunicación real con Cristo, morir con Él, resucitar con Él.

¿Cómo es la muerte del hombre en el misterio pascual? Es morir al pecado. Es arrancar del alma el pecado mortal, que la tiene privada de la vida de la Gracia, de la vida divina, que nos ha merecido Jesucristo y mana de Él.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Muerto el pecado en el alma, brota en ella la vida sobrenatural. Se ha verificado en ella una muerte y una resurrección. Y esto con Cristo, porque murió en la cruz para que los hombres resucitaran a una vida nueva, la vida de la Gracia. Esta muerte y esta resurrección se realizan uniéndose el cristiano a Cristo, incorporándose a Él, como los sarmientos a la cepa, como los miembros del cuerpo a la cabeza.

Vivir el misterio pascual con más perfección es morir a nosotros mismos, morir al propio yo, para que viva Cristo en mí, según aquellas palabras del apóstol: «Con Cristo estoy crucificado, y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí. La vida, que vivo al presente en la carne, la viví en la fe del Hijo, del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gálatas 2,19).

Morir el cristiano a sí mismo es estar crucificado con Cristo. ¿Cómo está Jesús en la cruz? Está pobre, despojado de todo. Está llagado de pies a cabeza, dolorido. Está saturado de oprobios. Y todo por obediencia al eterno Padre.

Muere el hombre a sí mismo cuando destruye su codicia, que ambiciona todos los bienes materiales. Muere a sí mismo cuando frena la sensualidad y sacrifica los placeres ilícitos, que el cuerpo reclama con avidez. Muere a sí mismo cuando ahoga su soberbia, que se resiste a obedecer y pretende mandar e imponerse para que todos le obedezcan. No obedece a Dios ni a los representantes de Dios.

A medida que va aplacando y dominando estas pasiones, el hombre va muriendo a sí mismo y se une más íntimamente con Jesús y participa de su vida, de la vida divina, que comunica Jesucristo. Cuando haya muerto al propio yo dirá lo de San Pablo: «Es Cristo quien vive en mí». Esto pretendió Jesús al morir por todos: «Murió por todos, para que los que viven no vivan para sí, sino para Aquel que vivió y murió por ellos».

c) LA CRUCIFIXIÓN Y LAS SIETE PALABRAS

«Y lo crucificaron». Así, con estas palabras tan sobrias dan cuenta los evangelistas del hecho más trascendental de la redención humana. San Juan añade dos detalles: lo crucificaron en medio de dos ladrones y pusieron encima de su cabeza el letrero de su causa: Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.

1. La crucifixión.

Allí le dieron a beber vinagre mezclado con hiel. A los condenados a muerte se les daba esta bebida por creerlo narcotizante. Jesús lo gustó, pero no quiso beberlo. Así mostró su agradecimiento, pero se abstuvo de aquella bebida, para que nadie atribuyese a ella lo que en la cruz había de hablar y hacer para ejemplo de los hombres. Quería sufrir con todo el conocimiento.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

«Lo crucificaron», dice San Juan, dado por supuesto que la crucifixión con todos sus detalles era conocida de todos sus lectores y contemporáneos.

Lo crucificaron en medio de dos ladrones. En Pilato aquella triple crucifixión pudo ser razón de comodidad, para ahorrarse espectáculos de este género, que siempre son odiosos; pero pudo ser también sarcasmo y burla sangrienta al crucificar a Cristo como rey de los judíos en medio de dos facinerosos.

Sobre la cruz estaba escrito el título de la condena. Los jefes de la nación judía se sienten ofendidos en su orgullo nacional. No es lo mismo condenar al «rey de los judíos» que al que «se ha llamado rey de los judíos». Así pretenden que Pilato cambie el título de la causa. La negativa del gobernador romano es tajante y categórica: «Lo escrito, escrito está». Expresa malhumor, burla sangrienta y una exigencia del Derecho romano.

Los soldados se juegan a suertes sus vestiduras. Los evangelistas hacen notar que con el reparto de las vestiduras se cumple un anuncio profético. Hubo una providencia especial de Dios en todos los actos, que se realizaron en aquella hora.

2. Personajes en torno a la cruz.

Vamos a recorrerlos brevemente.

Los soldados romanos. Son los ejecutores materiales del crimen. Son unos inconscientes. Están crucificando a su Dios, como si estuvieran clavando en la cruz a cualquier vil malhechor, como habían hecho tantas veces. A ellos les deja Jesús su túnica y sus vestidos.

Los jefes de la nación judía. Estos son los auténticos criminales. Los responsables de la tragedia del calvario. No lo sentenciaron ellos, pero con sus lenguas arrancaron la condenación a muerte, como dice San Agustín.

Los dos ladrones, crucificados el uno a su izquierda y el otro a su derecha. Ambos blasfemaban. Pero el de la derecha, Dimas, se calló. Luego increpó al compañero de la izquierda y terminó diciendo a Jesús: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

María y el grupo de fieles. Este grupo de fieles lo forman las santas mujeres y San Juan evangelista, el discípulo amado. María es el ejemplo vivo de fidelidad y de fortaleza maternal. Cuando su Hijo en la vida pública triunfaba haciendo milagros y hablando a las muchedumbres, ella se mantuvo fuera de la escena, como entre bastidores; pero en esta hora, en que todos lo abandonan, ella se adelanta y quiere estar a su lado. Está de pie, junto a la cruz, dándonos ejemplo de increíble fortaleza.

El centurión romano. El jefe de los piquetes de ejecución. Este hombre pagano ha presenciado tal vez el proceso de Jesús junto al Pretorio y ha oído sus siete palabras en la cruz. Cuando pronuncia Jesús la última, allí está frente por frente del crucificado

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

y a pocos pasos de la cruz. Jesús no había estado reaccionando como otros condenados: rechazando la cruz, respondiendo con insultos a los azotes, profiriendo maldiciones y gritos... Jesús era diferente: se abrazaba con fuerza a la cruz, humilde ante los insultos, aceptando todo con una sorprendente serenidad y fortaleza... Al contemplar su muerte y los fenómenos físicos que acompañaron, este centurión pronunció el primer Credo que se oyó en el mundo: «Verdaderamente éste era el Hijo de Dios».

El pueblo judío. Allí estaban los que habían pedido a gritos su muerte en el Pretorio. Todos ellos blasfemaban, como blasfemaban los miembros del Sanedrín: «A otros ha salvado... que se salve a sí mismo, que baje de la cruz y creeremos en él...». Pero allí estaba también el pueblo bueno, que se golpeaba el pecho y volvía del calvario pidiendo perdón a Dios del crimen que se había cometido.

Y Jesús, el personaje central del Calvario. Allí está pendiendo de la cruz. Como un maestro en su cátedra. Él nos va a hablar y nos va a dejar un testamento, el testamento de sus siete palabras.

3. Las siete palabras.

1. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.»

He ahí su primera palabra. Palabra de excusa y de perdón para sus enemigos, los mismos que le están crucificando. Y esa palabra, según la fuerza del verbo griego, la repetía el Señor varias veces. Cuando de la tierra al cielo sube una tempestad de blasfemias, que proferían los soldados, los sanedritas, los dos ladrones y el pueblo, que a gritos había pedido su muerte, Jesús no encuentra otra palabra mejor en su vocabulario que pedir perdón al Padre por todos ellos. Es ésta una de las acciones más bellas de Jesús porque en ella resplandece el sello de la Divinidad.

2. «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»

He ahí la segunda palabra. Es para el buen ladrón, San Dimas. Este hombre era un hombre creyente, aunque pecador, sincero y humilde. Reconoce las propias culpas y la pena por ellas merecida, proclama la inocencia de Jesús e increpa al compañero recordándole el juicio de Dios. Sólo pide a Jesús un recuerdo: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino...». Y Jesús allí mismo lo canoniza. Este hombre fue un hombre con suerte. Fue ladrón toda su vida, dice San Agustín, porque hasta en el momento de su muerte, supo robar a Dios su salvación.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

3. «Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu madre...»

Esta fue la tercera palabra. En estas palabras hay un sentido literal directo, que es el encargar a San Juan la solicitud temporal de su Madre. Pero hay también un misterio. La intención profunda y mesiánica de Jesús en aquella hora no fue remediar la orfandad de su Madre, sino la orfandad espiritual del discípulo. Y, como en el discípulo estábamos representados todos los hombres, se sigue que Jesús en el calvario nos la dio por Madre.

4. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

He ahí la cuarta palabra. No es un grito de desesperación, sino el desahogo filial de una víctima, que, a pesar de su desamparo y enormes sufrimientos, se pone enteramente en manos de su Padre, como expresó momentos después, al expirar.

5. «Tengo sed.»

He ahí la quinta palabra. Con ella expresa su sed natural. Es uno de los mayores tormentos de los crucificados por la pérdida de la sangre y por la inflamación del vientre. Pero los santos Padres han visto en esta sed un símbolo de su sed de salvar a todos los hombres y de que nosotros mitigemos esta sed cooperando con Él a sus designios salvadores.

6. «Todo está cumplido.»

Su sexta palabra. El velo de las Escrituras queda descubierto, las profecías cumplidas, el castigo del crimen satisfecho, el demonio vencido, el hombre rescatado y la obra de la redención realizada. Cristo ha cumplido su misión. Ahora es menester que tú cumplas la tuya.

7. «En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu.»

Su séptima y última palabra. Del Padre al Padre. Esta fue la trayectoria de su vida y ésta debe ser la nuestra. Salimos del Padre y a los brazos del Padre hemos de volver. Mira si tu vida lleva este camino.

4. Conclusión.

Jesús en la cruz nos enseña a perdonar. Perdona tú también a tus enemigos y a todos los que te hicieron algún mal, a semejanza de Cristo, que perdonó a los que le crucificaban.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Jesús en la cruz nos enseña a sufrir. Por muchos que sean tus padecimientos en la vida, más sufrió el Señor y por ti. Sufre con paciencia. Sufre con humildad y fortaleza heroica, a semejanza del Señor.

Jesús nos enseña en la cruz a orar. Oró toda su vida para darnos ejemplo, pero, sobre todo, oró en la cruz «con muchas lágrimas», dice San Pablo. Con lágrimas de sangre. Ora tú también en los momentos de soledad, de desolación y de completo desamparo.

Jesús en la cruz nos enseña a morir. Así se muere, como Jesús, entregando la propia alma en manos del Padre y cumpliendo hasta el final la misión encomendada por Él.

Tenemos una Madre en la Virgen. No lo olvides nunca. Jesús proclamó desde la cruz su maternidad universal. No estamos huérfanos en el orden sobrenatural. Agárrate a esta tabla salvadora.

Y Jesús nos enseña a amar. «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Unigénito Hijo», dice San Juan. «Me amó a mí y se entregó por mí», dice San Pablo. «Esta fue, dice el Crisóstomo, la primera razón de la Pasión: que quiso Dios que se supiese cuánto amaba Él a los hombres». Y San Agustín: «Más me amaste a mí que a ti, pues moriste por mí». Como dijo también el papa emérito Benedicto XVI: ««Dios es amor» (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.» (Enc. Deus Caritas Est, 12)

Oración final

**Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.
Y dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti,
para, con tus santos te alabe
por los siglos de los siglos.
Amén.**